

## Cuentos de Gran

Por MARÍA JOSÉ CASTRILLO

CORRÍA EL AÑO 1942. Era septiembre. Muy de mañana, alrededor de las 6; un hombre preparó el carro para llevar a las «anovenarias» a la Virgen del Camino. Cargaron las quilmas llenas de hojas de maíz, que servirían de colchón, algunas mantas, otras cosas y partieron.

Después de cumplir con sus devociones, recogidas ya para pasar la noche, una de las mujeres colaboró para hacer más amena la velada narrándoles el siguiente cuento:

### Historia de Pedro Malas Sartas

Pedro y Juan eran dos hermanos. Vivían con su madre, ya muy mayor. Un día su madre les dice:

—Hijos..., tenéis que casaros, porque yo ya soy mayor y no quiero dejaros solos. Pedro —añadió—, tú que eres el de más tiempo, decide. Vas a ese pueblo a ver si hay una moza adecuada para ti.

—No madre, yo... yo no... no me atrevo, no... no sé lo que tengo que decir. (Pedro era un poco torpe y además zarabeto.)

—Yo te diré lo que tienes que decir y hacer —contestó la madre—. Cuando ya la conozcas procura alguna sonrisa, le haces alguna fiesta para que ella se fije en ti y sonría también.

Pedro, en cuanto oyó este consejo, allá fue, no miró ni para atrás. Se *arimó* a la novia, que estaba llorando porque se había muerto su padre y quiso hacerle fiestas para que sonriera, cosa mal hecha en esta situación.

Lo cogieron, le dieron una paliza y lo echaron a la calle. Pedro se marchó para casa.

—Ya... ya no me caso —dice a su madre—. Yo... yo... yo no vuelvo allí. Me dieron una paliza que... que no puede ser.

—¿Y cómo fue? —pregunta su madre—. ¿Qué hiciste?

—La novia es... es... estaba llorando, ha... ha... había muerto su... su... su padre. Yo... yo... fui a hacer lo que tú me dijiste. E... e... ese fue el motivo.

—Hombre, hombre, hiciste mal. Otra vez que se dé un caso así, te pones de rodillas, rezas un Padrenuestro y en paz. Tuvieron razón, tienes que perdonar y volver a insistir.

Pasaron unos días y Pedro lo

pensó bien, animado volvió a ver a la novia. Se les había muerto la burra, entonces se puso de rodillas y empezó a rezar. Al verlo así le dieron otra paliza. Muy desanimado volvió para su casa.

—No vu... vu... vuelvo, madre, no vu... vu... vuelvo.

—¿Qué sucedió? —interroga la madre.

—Es que... estaba la... la... la burra muerta y me pu... pu... puse de rodillas. ¡Y otra ve... ve... vez me sa... sa... sacudieron!

—No hiciste bien. Para otra vez la coges por el rabo y la tiras a la calle. Tienes que volver Pedro, tienes que insistir

Al día siguiente, cuando volvió, estaba criando la gocha. Agarró los gochines por el rabo y los tiró a la calle. Otra paliza y otra en casa sin ganas de volver. Su madre, al enterarse de lo sucedido, insistió de nuevo para que volviera:

—Vuelve hombre, y cuando sea así le dices: «de esos muchos y con salud».

Hizo caso a su madre y volvió. Se encontró con que estaban curando *fronjos* a la novia.

—De esos mu... mu... muchos y co... co... con salud —les dijo.

En cuanto lo oyeron le dieron otra paliza y tuvo que marcharse para casa.

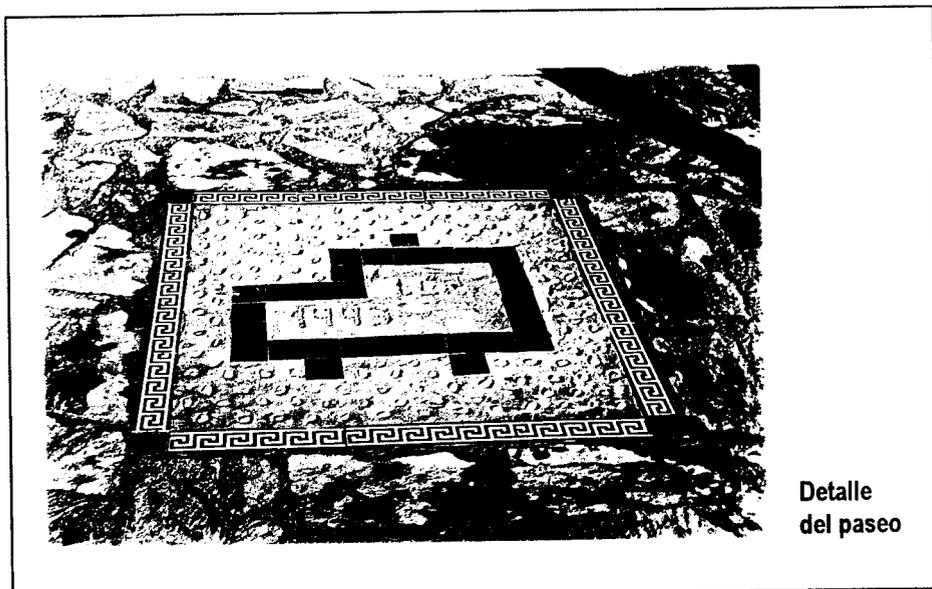
—¡Todo me... me... me sale mal, madre! No vu... vu... vuelvo. Me han vuelto a dar otra paliza.

—¿Por qué motivo? —pregunta la madre.

—Es... es... estaban curando unos fro... fro... *fronjos* que... que tenía la novia y yo les dije que... que... que de esos muchos y con salud.

—Pero hombre... le hubieras dicho, que esos se sequen y otros no nazcan. Tienes que volver, porque el que algo quiere algo le cuesta.

Pedro que era muy bueno y obedecía, allá fue. Llegó



Detalle del paseo

a la huerta donde estaban sembrando ajos y dijo:

—Que... que... que esos se... se... sequen y... y... y otros no nazcan.

Apenas había acabado de decirlo empezaron de nuevo a sacudirle. Volvió a su casa con otra paliza.

—Te... te... tengo que... que dejarlo po... po... por imposible —dijo a su madre y a su hermano—. Me... me... me han dado mu... mu... muy malos tratos.

En esto, intervino su hermano Juan, que era un poco más listo:

—Yo iré a hablar con la novia. A ver cómo lo arreglamos para que os caséis.

Y... efectivamente. Se pusieron de acuerdo. Trataron de comprar la ropa para casarse pero después de comprar la tela vieron que la medida les había salido escasa.

—Tienes que pedir grana de esto —le dijeron enseñándole la tela. Recordando su torpeza y para que no se le olvidara le pusieron un trozo *colorao* al lado de la *trapa*.

Cuando llegó Pedro a la tienda estaba una señorita despachando.

—Se... se... señorita, tiene «gana deto» —le dice señalando la tela que estaba junto a la *trapa*.

Al oírlo, la dependienta se enfadó y le mandó salir con cara destemplada creyéndole una mala persona. Al fin se entendieron y le dio la tela.

Ya la ropa hecha. Llegó el día de la boda. Se encargó la madrina de vestir a la novia, pero no lo hizo bien: al poner el manteo le dejó un brazo metido por dentro.

—Madrina, ¿dónde está el otro como éste? —preguntó la novia levantando un brazo.

Al ver que no estaba bien, tuvo que desvestirla y volverla a vestir para sacarle el brazo. (Parece ser que la novia no era muy espabilada y que además tenía una enfermedad pedurrera, que el novio no conocía. Y para que no se enterara le pusieron un tapón de manzana.)

El padrino era Juan, hermano de Pedro, que conocía bien los defectos que tenía su hermano, de comer mucho y como quería corregírselo, le dijo, cuando llegó la hora del banquete:

—Pedro, ten cuidado, cuando yo te pique, paras de comer, no vaya a ser que te haga daño la comida y te pongas malo.

Apenas había empezado la comida, cuando pasó el perro por debajo de la mesa, lo pisó en un pie y Pedro dejó de comer, creyendo que le había picado su hermano, sin casi haber comido nada.

—El novio no come. ¿Qué le pasará? —comentaban todos.

—¡Come, hombre, come! ¡Come, que hay que bailar

mucho! —pero Pedro siguió sin comer.

Se formó el baile y todos se pusieron a bailar. En esto Pedro vio un cacho de manzana en el suelo y se la comió. Cuando se puso a bailar con la novia no dejaba de oír: «pupu... pupu...». Al darse cuenta de que era ella dice:

—¡Chacha, *pe* que te pedorreas!

—¡Claro! *Cumísteme* la *tapunera*...

Y ella fijándose en él vio que tenía mocos y exclamó:

—¡Ay Dios! ¡Ay Dios! ¿*Pa* quién me crié yo?

Le contestó Pedro, con salero, (mientras se aspiraba los mocos) ¡Ag! ¡Ag! Pa... pa... pa mi hija, pa... pa... pa mí.

Llegó la noche y se acostaron como era costumbre de dormir, la novia con la madrina y el novio con el padrino, aunque estaban las camas una cerca de la otra. A media noche Pedro despierta y le dice al padrino:

—Juan, tengo un hambre...

—Vete a la cocina —contesta Juan—, en el horno hay unas *puchas*, comes unas pocas y me traes a mí una *mostada*.

Así hizo. Llevaba Pedro la *mostada* en la mano, pero como no veía bien por no haber luz, se confundió de cama y fue a la cama de la novia, que no paraba de soplar (debido a su enfermedad).

—No las soples que ya están frías —le dice acercándose y manchándole la camisa.

Y entonces, se dio cuenta de que se había confundido y fue para donde estaba Juan a darle las *puchas*.

—Ahora tengo las manos manchadas. ¿Qué hago?

—Sal al corral que está allí el cántaro con agua y lávalas.

En esto la novia se despertó y se dio cuenta que tenía manchada la camisa y le dice a la madrina:

—Madrina, estoy sucia.

—A ver... —contestó—. Hija, hija, ¡qué malica estás! ¡Sigún las cumiste, así las icheste!

—Y ahora, ¿qué hago?

—Vete al corral, allí hay unos trapos, límpiate con ellos.

Mientras tanto, Pedro, que había ido a lavarse las manos, las había metido al par en el cántaro y no las podía sacar. Volvió a la cama con ellas metidas dentro.

—Mí... mí... mira Juan, no pu... pu... puedo sacar las manos.

—Anda hombre, sal ahí fuera y dale contra un poste.

Salió de nuevo y dio con fuerza un golpe con el cántaro. Pero no dio contra un poste sino contra la novia que estaba limpiándose la camisa y la mató.



*La casualidad nos da casi siempre lo que nunca se nos hubiera ocurrido pedir.*

Lamartine

## Las andanzas de Marcones y Pepe Cañizo

Por JUACO

ESTOS DOS MOZOS DE CIDIALLOS eran lo más distinto que podía haber. Marcones, como su aumentativo indica, era robusto, de cara sonrosada, cabello rizo y andar pausado. Su voz amenazante asustaba a toda la chiquillería del pueblo. Pepe Cañizo era la antítesis, de mediana estatura, de complexión delgada, nariz afilada y sumamente activo y avispado. Él era el que proponía e incitaba todas las actividades, y esto, en el fondo, más rabia le daba a Marcones. Y así, en una ocasión, y de broma, como para restar protagonismo a Pepe, agarró a éste por el tronco inmovilizándolo, al tiempo que decía: «y yo te puedo estrujar como a un gusano». Rodaron ambos por el suelo. Pepe se quejaba y le increpaba para que lo soltase; al fin pudo desasirse de un brazo, agarró un taco de madera que por allí había y lanzándose con fuerza le impactó entre ceja y ceja. Al instante lo soltó, llevándose las manos al lugar dolorido y sin tomar represalias, pues era consciente de que le estaba bien empleado por incordiación.

En una ocasión, fueron a la feria de ganado de Camponaraya, allí compraron un buey cada uno, que después unirían para el trabajo de ambos. Pepe ya conocía el camino pues había ido anteriormente; no así Marcones, que en todo momento desconfiaba de ir por buen camino y en cada revuelta o cruce de caminos repetía la misma cantinela:

—¿A que nos perdimos?

—Que no, hombre, que no. Que vamos bien —repetía Pepe.

Más adelante, y ambos ya con hambre, Pepe lo tranquilizaba diciendo:

—No te preocupes que conozco yo una viña que tiene unas uvas buenísimas.

Cuando la encontraron, comían los racimos a bocados, tanto los que estaban limpios como los que no; Marcones, gozoso, decía:

—Menos mal que sabías la viña que si no quedaba *desfrayadico*.

El camino era largo y el sol calentaba de lo lindo. Avistaron una pequeña laguna y corriendo se tiraron de morros a beber y los bueyes, que llegaron detrás, también, todos juntos.

A la fábrica de harinas llevaban trigo a vender en cierta ocasión y al vadear un reguero que cruzaba el cami-

no, Pepe, que iba detrás, se atrancó; Marcones tuvo que soltar sus bueyes para cuartear. Una vez llegados y al mirar el comprador la mercancía, y después de haber visto unas cuantas quilmas de otros carros, a Pepe le miró la primera quilma, la que precisamente había limpiado con esmero, con lo que le valió que le pagasen el trigo unos céntimos más por kilo. Cuando Marcones le preguntó a cuánto le habían pagado y supo la contestación, se puso rabioso diciendo:

—Me cago en la puta, a ti siempre te pagan más, si lo sé no te saco del reguero.

En la primavera, ambos tenían que arar con los bueyes muchas tierras. Un día el padre de Pepe le dijo:

—Mañana hay que madrugar para arar la tierra de Argales, para después sembrarla.

Así las cosas, madrugó el padre de Pepe para darle de almorzar a los rumiantes, cuando vio, con sorpresa, que estaban sudorosos; apareció Pepe por el corral y como su padre le preguntara por la extrañeza le contestó:

—Ya tengo yo arada la tierra.

Marcones no le andaba a la zaga, y cierta vez que terminó de arar una parcela, y antes de ir para otra, llevó la pareja a casa para darles un pienso; él, mientras tanto, fue a la cocina y agarrando una tripa de chorizo, rodaja va y rodaja viene, llegó a la cache y continuo comiendo. Iba a unirlos otra vez cuando en la cuadra le empiezan a dar unos retorcionones que no se tenía en pie, se tumbó en los pesebres vacíos, no conteniendo el dolor y dando vueltas, y mientras tanto los bueyes comiendo tranquilamente paja y cebada.

Sería por enero cuando Marcones llevaba un carro de remolacha a la «playa» que cerca del pueblo tenía la azucarera. Allí se encontró con Severino, un mozo algo corto y blanco de todas las bromas en el pueblo. Marcones le dijo:

—Tienes que colgarte del eje del carro para que me den más peso.

Así las cosas, se entretuvieron a charlar con otra gente que por allí había y la cosa pasó por olvidada. Cuando Marcones ya iba camino de casa, se le acercó Severino y le dijo:

—Ahora sí que les jodí que me colgué al salir.

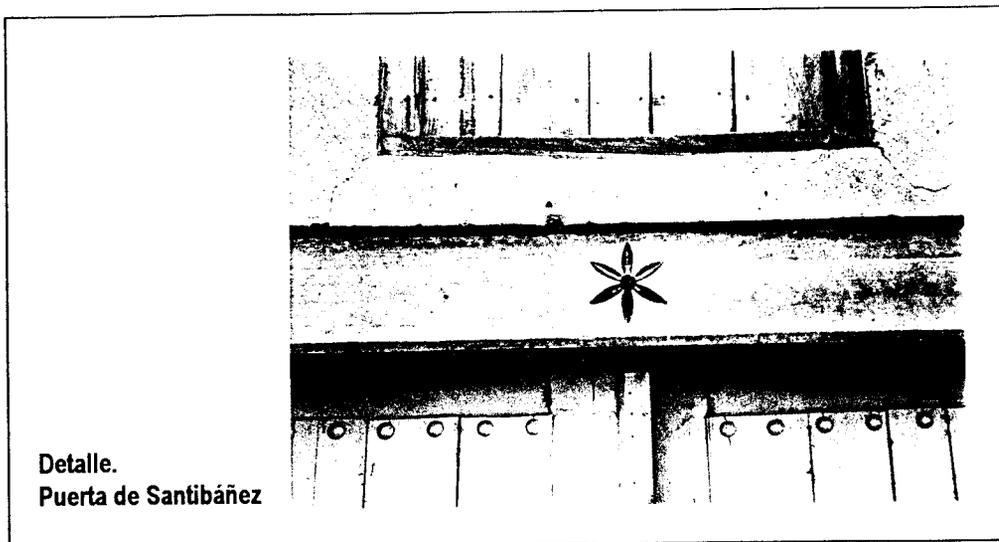
Marcones, encendido de ira, levantó la *ijada* corriendo detrás de Severino y diciendo:

—Desgraciao, no ves que así me dan menos peso.

Tuvo que dejar la persecución porque los bueyes siguieron avanzando, cogieron mal una revuelta y una rueda se deslizó por un desnivel, volcando el carro, ante la risotada general de los allí presentes.



*A menos que cambiemos el rumbo, terminaremos en el lugar hacia el que nos dirigimos. Proverbio chino*



Detalle.  
Puerta de Santibáñez

## El llabrador y el so fiu

*Traducción y adaptación al leonés de un apólogo  
del libro del Conde Lucanor, D. Juan Manuel.*

UNA VEZ DIBEN a un mercáu d'un pueblu que taba cerca, un llabrador y el so fiu. Diben andando, mentantu'l burru diba delante d'ellos ensin carga alguna.

Pel camín tropezaron con otros llabradores que veníen ya del mercáu. Al velos echáronse a un llau del camín falando ente sí.

El campesín y el so fiu oyeron lo que decíen:

—¡Serán fatos estos dos aldeanos...! ¡Lleven descargáu'l burru y ellos van andando.

El llabrador entrugó-y al so fiu qué-y paicia lo que'acababa d'oyer. El rapaz contestó-y que teníen razón, que, ya que'l burru diba de vacío, yera tontería qu'ellos fueren andando.

Engolóse'l mozu nel pollín y, al cachu, alcontráronse con otru grupu que, namás que pasaren delante, empicpiaron a llinguatar sobre la poca vergoña del rapaz que, tando forníu y siendo xoven, dexaba que so pá, ya vieyu, fuere andando, mentantu él diba descansáu'n burru.

Volvió a preguntar el llabrador al so fiu qué xuiciu-y merecía lo qu'acababa d'oyer, y el rapaz respondió-y que teníen razón.

Entós el paisanu mandó-y que baxara del burru y engolóse él.

Llegaron a cruciase con otros y taben convencíos de que tamién murmuraben sobre la poca xixa del paisanu que diba tan sele na bestia, mientras el fiu diba andando, que, comu yera tan xoven, resistía menos y taría cansáu.

Otra vegada volvió'l llabrador a pregunta-y al so fiu qué dicía d'aquellos comentarios. El rapaz volvió a responder que teníen razón.

El llabrador, ensin baxar del burru, mandó-y al so fiu que s'engaramara tamién pa que nengún fuere andando.

Al cachu, volvieron alcontrase con nuevos aldeanos que, acabante velos engolaos nel burru, ponxéron-los verdes por dir los dos enriba un burru tan flacu y ruin.

El fiu, esta vez, díxo-y a so pá que tamién teníen razón.

Faló asina'l llabrador al so fiu:

—Fiu: ya ves que nenguna de les coses que ficimos-yos gustó a los homes. Qu'esti exemplu te sirva d'esperiencia pa que, cuando quieras entamar daqué, faigas lo que te pete, pos xamás lo farás a gustu de toos.